

contra Alejandro Janeo; otros que habían huido, pudieron regresar á sus casas, y se veló con gran rigor por el cumplimiento exactísimo de las prácticas y usos religiosos.

Siendo una de las necesidades primeras asegurar el país contra los ataques de enemigos exteriores, siguió la reina, en esto como en lo demás, las opiniones de los fariseos, que preferían para la fuerza armada tropas mercenarias, mientras Alejandro Janeo solo empleó soldados de Pisidia y Cilicia para apoyar su tropa indígena. Con ésta, debiéndose observar las prescripciones religiosas de la ley judaica, no podía hacerse gran cosa en la guerra, como se vió en las luchas de Judas Macabeo. Claro es que para conciliar el cumplimiento de los deberes del culto con la seguridad del país no había otro medio sino servirse para este último objeto de soldados extranjeros, que como paganos no tenían que cumplir las prescripciones que la religión imponía á los judíos. Los fariseos preferían que fuesen paganos los que pecaran contra la ley que querían hacer prevalecer como ley de Dios, á que fuesen hijos de Israel, como los que se sirven de personas no judías para las faenas de los sábados, que están prohibidas á los judíos. Esto es farisaico, pero la política de Alejandra dió buen resultado porque los potentados vecinos se guardaron de atacar á la Judea; y como se sabe que entonces llegaron rehenes á Jerusalem, hay que suponer que las tropas de la reina alcanzaron victorias. Se sabe además que se llenaron las arcas del tesoro.

Los fariseos empezaron también á vengarse de sus enemigos y perseguidores, siendo la primera víctima un llamado Diógenes, al cual siguieron muchos otros hasta que el hijo menor de Alejandra, Aristóbulo II, se puso á la cabeza de los nobles ó potentados perseguidos, pues así se llamaban todavía los individuos del consejo de los ancianos, é hizo serias reconveniones á su madre diciéndole que aquellos nobles que á la sazón eran degollados como carneros, habían sido servidores fieles de los gobernantes anteriores y habían trabajado, despreciando todos los peligros, por el bien de la nación. Añadió que se darían por satisfechos si cesara la matanza, ó con que la reina les permitiese emigrar; que sin el permiso de la reina no querían huir; y sería un oprobio para ellos y para la reina si se pasaran á los enemigos de su difunto esposo, por ejemplo al rey de los árabes, que por cierto los recibiría con gran alegría. Antes de hacerlo así, preferirían que se les empleara como guarnición en las plazas fuertes de las fronteras y estar allí en esta condición humilde. Este lenguaje era noble y varonil, y en él se reconoce lo que eran los saduceos en el principio y lo que se propusieron ser en adelante, á saber: partidarios y servidores de la dinastía de Sadoc, fieles aun á la reina que los abandonaba y sin cuyo permiso no quisieron huir de la matanza, considerando el pase al enemigo, aun en esta situación desesperada, como un acto ignominioso. En esto se mostraron muy diferentes de aquellos célebres generales griegos que en las guerras persas hicieron lo que los saduceos consideraban como infame. Alejandra no pudo menos de acceder á este deseo; confió á los jefes saduceos la defensa de las fortalezas y encargó á Aristóbulo una expedición contra Damasco, de la cual regresó sin haber obtenido ninguna ventaja digna de nota.

Entonces empezaron á precipitarse los sucesos en el reino de Siria, al cual acababa de invadir con un ejército de medio millón de soldados el rey Tigranes de Armenia, que se dirigió también contra la Palestina. Estando acampado delante de Tolemaida se apresuró la reina Alejandra á mandar en señal de su homenaje riquísimos presentes. Apenas hubo tomado Tigranes á Tolemaida, supo que el general romano Liculo, enviado por el Senado contra Mitridates, rey de los partos, había invadido la Armenia y la recorría asolando todo el país.

Esta noticia hizo que Tigranes evacuara la Celesiria y regresara á toda prisa á su país.

Al poco tiempo enfermó Alejandra, y ante la cuestión de sucesión se movieron los oprimidos saduceos, porque nada podían esperar de Hircano II, que bajo el gobierno de su madre había sido el instrumento dócil de los fariseos. Aristóbulo, que por el contrario había tomado siempre el partido de los saduceos, antes que su madre muriese se puso en campaña con sus amigos y se apoderó sin gran esfuerzo en catorce días de 22 castillos fuertes. La reina cuando esto supo en su lecho de muerte dijo que ella no podía hacer ya más de lo que había hecho; que dejaba á Hircano una nación reforzada, el ejército en buen estado y el tesoro repleto, con lo cual podría gobernar sin dificultades. Murió á la edad de 73 años en el noveno de su reinado (69 antes de J. C.).

Durante el reinado de esta mujer hubo seguramente en la corte más devoción y también menos excesos en los placeres materiales. A consecuencia de la rígida observancia de las prescripciones religiosas, hubo también más orden en el gobierno y en la vida del pueblo, pero no se puede decir que los principios generales de moralidad hubiesen estado á mayor altura que antes. La ambición y la sed de dominio guiaban á la reina en todos sus actos, y aceptaba todo lo que podía satisfacer estas pasiones. En esto se pareció á Atalía, la única reina judía que además de Alejandra reinó sola y directamente. La semejanza entre estas dos reinas se ve también en el asesinato de Antígono, el cuñado de Alejandra, la cual se desembarazó con esto de un futuro esposo que la hubiese gobernado, como Atalía se desembarazó de sus sucesores cuando se le ofreció la ocasión.

#### 8. Situación interior.

Desde que Juan Hircano se separó decididamente del partido fariseo se introdujo en la vida interior de la nación judía un cambio que persistió hasta la destrucción del reino. En toda la historia anterior del pueblo de Israel había prevalecido siempre el principio de que la verdadera religiosidad era también el mejor regulador de la vida política, exterior é internacional del pueblo judío; más desde aquella separación empezó á imponerse la convicción de que las ocupaciones que llevaba consigo la política eran perjudiciales á la piedad. Esta convicción fué el resultado de la historia de los gobernantes de la dinastía de los Asmoneos. Desde un principio se vió esta familia obligada por su origen á velar por el cumplimiento correcto de las prescripciones de la ley, la cual al mismo tiempo vino á ser para los príncipes Asmoneos una constante traba en todos sus movimientos, hasta que se vieron precisados á separarse de las personas que ponían por encima de todo la conservación de los usos y prácticas que en la religión se habían hecho tradicionales. Nada expresa mejor esta incompatibilidad que la exigencia de aquel Eleazar que quiso que Juan Hircano renunciara á su dignidad de sumo sacerdote y se contentase con ser príncipe del pueblo. Vino luego Alejandro Janeo y el modo que tuvo de cumplir sus deberes de sumo sacerdote hizo más patente la necesidad de separar los dos poderes, el civil y el religioso. Si la reina Alejandra se inclinó del lado de los fariseos, no debe creerse por esto que los fariseos llegasen á gobernar directamente el país. Solo cambió el punto de vista bajo el cual se miraron en tiempo de la reina Alejandra los intereses generales de la nación. El punto de vista principal al cual se subordinaron todos los intereses fué entonces el cumplimiento correcto de la ley. La defensa del país contra los ataques del extranjero fué confiada á mercenarios paganos y la de las fortalezas á los saduceos para desterrarlos de Jerusalem. Se

dice que en general los ricos eran del partido de los saduceos y que la masa del pueblo apoyaba á los fariseos, cuya influencia era por lo mismo grande; que de consiguiente el afecto de los fariseos favorecía al príncipe ó rey mientras el de los saduceos le perjudicaba; pero esto no quiere decir que unos ú otros tuviesen influencia en la política ni tampoco directamente en el pueblo ni en el gobierno. Lo que hubo entonces fué que las calamidades y desgracias de la guerra de que el país había sido víctima hicieron impopulares á los príncipes belicosos, á lo cual se agregó que en las guerras se faltaba á cada instante á las prescripciones de la ley religiosa, y esto fué causa de que muchos mirasen las desgracias originadas por las guerras como castigos por los pecados de los que consentían que se faltara á la ley. Estando así la situación religiosa, vino un rey asmoneo que abandonó decididamente al partido de los devotos, faltando así á la causa del pueblo como faltó á la dignidad de su familia, y por esto se echó en cara tantas veces á los Asmoneos guerreros el ser hijos de mujeres prisioneras de guerra, es decir, el ser bastardos.

El desenvolvimiento de esta situación y de semejante disposición de los ánimos ha sido de importancia suma para la historia de la religión.

El primer resultado del indicado cambio fué un aumento extraordinario de la actividad religiosa del pueblo judío bajo la influencia de los fariseos, y allí hay que buscar el origen, no solamente del rabinismo posterior, sino también del cristianismo y del esenismo. El segundo resultado fué después la convicción de que la ley mosaica era incompatible con las necesidades de un Estado político independiente y vigoroso. Siendo esto reconocido, no quedó ya otra alternativa en adelante sino renunciar á la observancia estricta de la religión ó á la independencia nacional. Había nacido la idea de la separación entre la religión y el Estado.

#### 9. La literatura.

El desarrollo que acabamos de indicar se refleja hasta cierto punto en la historia de la literatura judía de aquella época. Bajo este concepto merece llamar la atención ante todo el Libro primero de los Macabeos, que además de ser una excelente fuente histórica para el período que medió desde el levantamiento de Matatías hasta la muerte de Simón, da una idea muy clara del modo de pensar de los saduceos antiguos, modo de pensar que no varió ni por la desaparición de la dinastía de los Asmoneos ni por la oposición enconada de los fariseos. Este libro fué escrito evidentemente después de la muerte de Simón, probablemente después de la de Hircano I y antes de la preponderancia de los fariseos en el reinado de Alejandra. El autor debió de conocer á los romanos solo por la fama, sin haber visto jamás ninguno, y la lengua en que escribió el libro fué un hebreo con tinte de arameo. Pero el libro no tardó en ser traducido al griego, lengua universal entonces, lo cual no impidió que existiera todavía en el siglo IV de nuestra era el texto original. El autor reunió ciertamente con mucho cuidado y laboriosidad el material para su «Historia de los hijos de Dios,» pues este es el título de la obra original; y no hay motivo para suponer que hubiese utilizado otras obras ya existentes cuando emprendió la suya. Con ella quiso probablemente llenar un vacío; y en efecto, existía una historia de Juan Hircano, escrita, según es permitido suponer, por algún biógrafo oficial de aquel rey ó de alguno de sus sucesores inmediatos; pero esta obra, según el autor del «Primer Libro de los Macabeos,» debía ser mirada como la continuación de este Primer Libro, por manera que hay que creer que no existieron otros escritos acerca de los primeros Asmoneos, fuera de la

Historia de Juan Hircano. Cuando esta familia se encontró en la cumbre de su poder, procuró, como era natural, que no cayesen en olvido las luchas gloriosas que la habían encumbrado, y quiso la fortuna que encontraran un escritor que en lenguaje sencillo y tomando por modelo las historias antiguas escritas en hebreo, por ejemplo los dos Libros de Samuel, refiriese á la posteridad la historia de los primeros Asmoneos sin aplicar al tiempo de los Macabeos costumbres é ideas del tiempo de David para dar á su historia un barniz rebuscado de antigüedad. Háse observado también en este Primer Libro de los Macabeos cierta frialdad en materia de religión, y en algún modo la observación es exacta, pues en esta historia los personajes proceden por su impulso propio, sin que el autor en ninguna parte hable de Dios como inspirador de los pensamientos, ni al relatar la empresa más grande, como el levantamiento de Matatías (1). En cambio mira el cumplimiento de la ley como un deber de la nación, cuyo descuido perjudica al honor y al carácter nacional del pueblo judío. Esto ya denota en el autor un espíritu saduceo, que está confirmado también por la satisfacción con que refiere la resolución de pelear los sábados para defenderse contra el enemigo en lugar de dejarse matar por no faltar á la santificación del día de descanso. El rasgo más visible de nuestro autor es sin duda su amor y fidelidad á la familia de los Asmoneos, «la familia de los varones cuyo brazo fué la salvación de Israel.» El amor que el autor profesa en su libro á esta familia es el patriotismo, el amor patrio político; y aunque cada página del libro es una prueba de la fe y del temor de Dios del autor, no por eso prepondera en el libro el punto de vista religioso. La piedad y la devoción son adornos del héroe, pero no constituyen el heroísmo; y en esto estriba quizás precisamente la diferencia entre los modos de ver de los saduceos y de los fariseos. Para estos era la religión todo, y para aquellos solo era una de las manifestaciones de la humanidad. El espíritu fariseo con su nimiedad religiosa y exclusivista jamás pudo producir una obra histórica tan hermosa como el Primer Libro de los Macabeos. Es este libro lo mejor que en historia ha escrito un judío para lectores judíos. Los escritos históricos de Josefo, que son muy posteriores al libro de los Macabeos, son más doctos, pero no mejores, y se dirigen á la sociedad pagana en sentido apologetico. Al abandonar Josefo la forma judaica, abandonó también el espíritu judaico casi por completo. El judaísmo del historiador de los Asmoneos suscita una cuestión muy particular que resulta de su origen. Es un rasgo característico principal del judaísmo anterior á los Macabeos, tanto en los escritos griegos como en los arameos, que el hombre en sus relaciones con Dios figura como individuo y casi nunca á la manera antigua como pueblo de Israel, con el cual Dios ha celebrado un pacto. Este rasgo individualista se ve todavía en la preferencia con que el autor del Primer Libro de los Macabeos trata de diferentes personas, de su carácter y de sus hechos. Sin embargo, con la insurrección de los Macabeos cobró nueva vida el concepto de que Israel era el pueblo de Dios. Esto produjo en el modo de ver de los saduceos la idea de que Dios abandonando en parte su relación directa con el individuo y estrechando más sus relaciones con la colectividad, ó sea con la nación judía, dejó al individuo mayor libertad y responsabilidad respecto de su destino, pues volvía á cuidarse solamente de la dirección de

(1) Compárese con esto el carácter que atribuye Josefo á los saduceos: «Los saduceos no reconocen el destino (la fatalidad) y dicen que no es nada y no determina los sucesos humanos; todo lo atribuyen al hombre mismo, que según ellos tiene también el mérito de sus acciones buenas, y echan la culpa de las acciones malas á nuestra falta de inteligencia.»

introducción bellísima que se ajusta muy bien a la obra entera: «Enoc, hombre justo, al cual Dios había abierto los ojos, llegó a ver una visión sagrada en los cielos; los ángeles se la enseñaron; de ellos oyó todo y aprendió muy bien lo que vio, pero no para esta generación sino para las generaciones venideras.» Enoc anuncia la proximidad del juicio de Dios: «Mira; viene con millares de millares de santos para juzgar.» Explica en seguida con mucha extensión por qué Dios tiene que castigar a los hombres. Esta parte de la introducción es perfecta, particularmente por lo bien que se adapta a todo el libro. Enoc recuerda en ella que los luminaires del cielo no cambian su curso; que en la tierra todo lo que Dios ha dispuesto sucede con regularidad, como entre otras obras el cambio de las estaciones: «Como lo ha dispuesto Dios, así sucede todo.» A esto responde el discurso dirigido contra los impíos, a los cuales dice que todo sigue su orden señalado; los mares y ríos obran conforme les está ordenado, «pero vosotros no habeis perseverado, no habeis cumplido la ley del Señor, sino que la habeis infringido.» Por esto alcanzará a los malos el castigo; «mas para los escogidos vendrán luz, alegría y paz, y ellos conquistarán el país.»

Hay que observar que en este discurso de introducción nada se habla de una vida perdurable de los escogidos, pues la última frase solo dice: «No se les castigará por toda su vida, ni morirán de plagas ni por juicios iracundos, sino que cumplirán el número de los días que han de vivir, llegarán a viejos en paz; muchos serán los años de su felicidad; en eterna (es decir, constante) delicia y paz pasará su vida.» Ciertamente no fué fariseo el autor de este trozo, pero como a pesar de esto toma muy por lo serio el cumplimiento de las prescripciones de la religión, no hay tampoco que colocarle entre los saduceos de tiempos posteriores, con los cuales no tiene evidentemente nada de común. Debíó de vivir y escribir en el tiempo anterior a la separación de los dos partidos, ya que se mantiene todavía en el terreno devoto; por manera que su tiempo no puede ser fijado posteriormente a la primera época del levantamiento de los Macabeos, es decir, que escribió antes de que hubieran penetrado en el pueblo las ideas del apocalipsis de Daniel.

La segunda parte principal del Libro de Enoc no habla de éste, sino del hijo de Lamec ó sea Noé. Refiere que 200 ángeles acudidos por Semiaza habían jurado en el monte Hermon casarse con hijas de los hombres y que de estas uniones nacieron los gigantes, que cometían pecados con personas y bestias hasta que la tierra se quejó de tanta maldad. Hasta aquí el relato no es mas que una amplificación de lo que dice el Génesis, en el capítulo 6, respecto de la causa del diluvio. A esto sigue una descripción de lo que los espíritus rebeldes enseñaron a los hombres, a saber: los oficios del armero, del platero, el pintarse y ponerse arbol, el dar valor a piedras preciosas, en general la impiedad y la licencia, la magia y, lo que mas choca, la astronomía. Esta es considerada aquí como arte mala, cuando en todo el resto del libro figura como un don precioso concedido a Enoc. Hay también que notar que los ángeles que enseñan a los hombres tan malas artes tienen otros nombres que no son los que llevan los que antes juraron tomar mujeres en el monte Hermon, y que allí solo se habló de su unión con las hijas de los hombres y nada se dijo de enseñar al hombre secretos prohibidos. A consecuencia de esto, los cuatro ángeles Miguel, Gabriel, Surian y Urian preguntan a Dios lo que han de hacer: «Mira, las almas difuntas claman y se lamentan hasta las puertas del cielo: ¿qué hemos de hacer, pues?» Entonces envía Dios un ángel llamado Arsiállur a Noé para que se salve del juicio de Dios que ha de venir; un án-

gel llamado Rafael tiene el encargo de atar a Azazel, el investigador principal de todas las malas enseñanzas; Gabriel debe marchar contra los gigantes para que se degüellen mutuamente, «no obstante que esperan una vida eterna y que cada uno ha de vivir 500 años.» Miguel finalmente está encargado de atar a los malos espíritus debajo de las colinas de la tierra, y destruir toda la maldad en la tierra, para que luego empiece en ella un tiempo esplendoroso, en el cual todos los hijos de los hombres serán justos, todos los pueblos adorarán al Altísimo, y de cada semilla una medida dará 10,000, y una medida de aceitunas dará diez prensadas de aceite.

En esta parte del libro hay evidentemente dos relaciones distintas fundidas en una; esto se conoce, además de lo que hemos expuesto, por los cuatro ángeles que claman a Dios para saber lo que han de hacer y que no son los mismos cuando reciben la respuesta de Dios, a pesar de serlo según el sentido de la relación, pues los dos, Miguel y Gabriel, figuran entre los cuatro primeros y los cuatro últimos, mientras los otros dos primeros llamados Surian y Urian se llaman luego Arsiállur y Rafael.

Por lo demás es tan antigua la parte que habla de los gigantes como el discurso de introducción, pues en ambas partes es absolutamente desconocida todavía la idea de la perdurabilidad, y la vida mas larga que esperan los gigantes es de 500 años.

Tal como se nos ha transmitido esta segunda parte no encontramos en ella mencionado a Enoc, mientras el texto de la tercera parte supone una mención anterior de este patriarca. La cita de Enoc se encontraba probablemente en una parte segunda del libro de la cual solo se ha conservado el principio de la segunda sección tal como hoy existe, hasta la mención de la enseñanza perversa de los ángeles y algunos trozos de la escena siguiente en el cielo.

La tercera parte, que alude a la sección perdida de que acabamos de hablar, se enlaza con el pasaje de la Biblia que ha originado todos los libros de Enoc que existieron, a saber: Enoc siguió a Dios, y ya no existe en la tierra, pues Dios se lo llevó; y por esto se dice en el libro que ha llegado a nosotros: «Y antes que todo esto sucediera (la caída de los ángeles) estaba Enoc oculto y ninguno de los hijos del hombre sabía dónde estaba, dónde vivía ni lo qué había sido de él. Todo cuanto hizo, lo hizo entre los santos y entre los guardas durante su vida.» Estos guardas son los ángeles encargados de velar por el orden del universo, y ellos llevan a Enoc la orden de anunciar a los ángeles rebeldes su castigo. De aquí se infiere que en la segunda parte, tal como fué escrita antes de ser truncada y fundida con otros trozos, Dios dió la orden correspondiente a los ángeles de guarda. Enoc cumple el encargo y los ángeles caídos le ruegan que presente en su nombre a Dios una súplica. Enoc redacta esta súplica y se pone a leerla junto a las aguas de Dan, junto a las fuentes del Jordán al Sudoeste del monte Hermon, y leyendo se queda dormido. Al despertar puede dar a los suplicantes la respuesta de Dios, porque en un sueño le ha sido revelada: Dios se le había aparecido sentado en su trono en su casa celeste y le había anunciado allí la perdición de los ángeles caídos y de sus hijos.

El interés de esta relación consiste en que viene a ser evidentemente una representación metafísica y mitológica del primer pecado, con la seguridad de que algun día desaparecerán todos los males. La introducción del pecado en la tierra a consecuencia de la seducción empleada por fuerzas sobrenaturales, denota, no una conciencia ancha, sino al contrario muy escrupulosa, que se siente oprimida por la convicción de las dificultades y obstáculos que en todas partes impiden al hombre cumplir su misión infinita. Estos pen-

samientos han sido extensamente utilizados é imitados por el llamado gnosticismo en los primeros arreglos sistemáticos de la fe cristiana.

La cuarta parte del libro de Enoc contiene la relación de los viajes de Enoc por los lugares ocultos del mundo. También esta parte consta de fragmentos. Desde luego falta la introducción; y la descripción de los lugares recorridos demuestra que, como en la segunda parte, se han mezclado en ésta fragmentos de diferentes relaciones del mismo asunto. Enoc llega a los lugares del huracán, de la tempestad, de las nubes de invierno; ve los cuatro vientos que sostienen la tierra y la bóveda celeste, y los vientos que hacen girar ordenadamente el cielo con el sol, la luna y las estrellas, de suerte que el sol y las estrellas salen y se ponen con regularidad; ve en el Sur el trono de Dios sobre siete montañas y llega al sitio donde acaban el cielo y la tierra y donde se encuentran cautivas las estrellas que no salieron a su tiempo debido. Hay que observar aquí que la creencia en estrellas desobedientes es contraria a la idea de invariabilidad de la marcha del universo expresada en el discurso de introducción del libro. Después de esto se enseña a Enoc el lugar donde los ángeles malos, que sedujeron a los hombres enseñándoles la idolatría, son castigados, lugar que también se halla al fin del mundo. A esto sigue una lista de los ángeles buenos, guardas del mundo; después se repite extensamente la relación de las siete montañas con el trono de Dios, y del lugar del castigo de las siete estrellas y de los ángeles malos. Tenemos aquí evidentemente otra descripción de las cosas descritas ya anteriormente. En el Oeste ve Enoc después las moradas de los muertos, donde estos aguardan el juicio final; contempla el fuego que hace resplandecer los astros, y luego por tercera vez el trono celestial sobre siete montañas y a su lado el árbol de la vida: «De su fruto será dada vida a los escogidos; él será trasplantado al Norte en el sagrado sitio juntamente con el templo del Señor, el rey eterno; allí los buenos gozarán llenos de alegría y de júbilo dentro de la santidad, cuyo olor penetrará en sus piernas (huesos) y tendrán vida tan larga en la tierra como han vivido tus padres; y en sus días (en los días de su vida) no les tocará luto (tristeza), ni pena, ni dolor, ni plaga alguna.» Es decir que, según esto, tampoco es perdurable la vida bienaventurada que se gozará después del juicio, lo que prueba claramente la gran antigüedad también de esta parte del libro. Pasa luego Enoc a Jerusalem donde ve el valle de Hinnom (la gehenna ó el infierno). «Este valle maldito es para aquellos que son malditos por toda la eternidad.» A esto siguen descripciones de varios lugares menos interesantes. Después pasa Enoc por cuarta vez por las siete montañas y por el mar Rojo y llega al jardín de la justicia (de la virtud religiosa), donde encuentra el árbol de la sabiduría, de cuyas frutas, en racimos como la uva, comieron Adán y Eva antes de ser arrojados del jardín. Por último llega Enoc a los extremos de la tierra, donde ve en cada una de las cuatro regiones cardinales tres puertas del cielo abiertas por las cuales braman los vientos. Sobre la del Este ve puertas pequeñas por las cuales pasan las correspondientes estrellas del cielo dirigiéndose por el camino que les ha sido señalado al Occidente. El último pasaje de esta parte del libro de los viajes de Enoc expresa el mérito y valor de esta parte, porque dice: «Cuando lo ví ensalcé al Señor de la magnificencia, que ha hecho estas grandes y magníficas maravillas para mostrar la grandeza de su obra a los ángeles y a las ánimas de los hombres, a fin de que glorifiquen su obra y proclamen su fama hasta la eternidad.» Esta descripción de los viajes de Enoc es el original antiguo de la idea de la *Divina Comedia* del Dante; y con el Libro de Job tiene de común el observar cariñosamente los enigmas y las maravillas de la naturaleza. Es, pues, de suponer que fué escrita por el tiempo del mismo libro. La parte de los luminaires del cielo y su curso es indubitablemente una interpolación posterior. Habla de tres puertas en el Este y de otras tantas en el Oeste del cielo para la salida y puesta de los astros, mientras en el capítulo de los luminaires, en la tercera parte del libro de Enoc, son seis puertas del cielo las que hay en el Este y otras tantas en el Oeste que dan salida y entrada a los astros. Esto indica claramente que el libro siguiente es de origen posterior y que ha sido unido artificialmente a las partes que lo preceden.

A este libro ó sea la tercera parte pasamos ahora directamente, porque de la segunda parte del libro de Enoc trataremos en otro lugar. Esta tercera parte principal del libro se divide en cinco secciones secundarias, que casi nada tienen de común entre sí. La primera de estas secciones es, según dice su título, el ya mencionado «Libro del curso de los luminaires del cielo;» y acaso es el escrito astronómico mas antiguo que ha llegado hasta nosotros. Es posible que fuera escrito para el libro de Enoc a juzgar por su forma, que se adapta bien a este libro porque en sus viajes recibe Enoc del ángel Uriel la enseñanza del curso ordenado y regular del sol y de la luna, de las puertas de donde vienen los vientos y otras cosas; por manera que este libro supone la descripción de los viajes de Enoc y añade a esta descripción un apéndice debido a otro autor. Además en esta sección se observan muchos cambios y arreglos del original, y el final está muy mutilado. Primero nos instruye Enoc sobre el curso del sol. Seis puertas tiene el cielo en la parte oriental y otras tantas en la parte occidental. El sol sale cada mañana en un carro impulsado por el viento, por una de las puertas del Este, recorre el cielo y desaparece por la tarde por la puerta del Oeste que está enfrente de la puerta de salida. En el día mas corto, que dura solamente la tercera parte de las 24 horas, sale por la puerta mas meridional y se pone por la puerta mas meridional del Oeste, y en el día mas largo, que dura dos terceras partes de 24 horas, sale y se pone por la correspondiente puerta mas septentrional. Desde un solsticio al otro sale el sol cada mes por una de las seis puertas y se pone por la que tiene enfrente y después retrocede otros seis meses por el mismo camino y por las puertas correspondientes. Los meses tienen siempre 30 días, excepto los de los equinoccios y de los solsticios. El día mas largo y el mas corto y los dos días en que noche y día son iguales se añaden al mes en que ocurren, de modo que cuatro meses resultan tener 31 días. Por esta cuenta resulta tener el año 364 días.

El libro hace notar expresamente que el nombre de «gran luminar» (el sol) puede inducir fácilmente a error, porque por su tamaño son iguales el sol y la luna, pero el sol no crece y mengua como la luna, ni se observa que el sol falte completamente como la luna cuando es luna nueva, y por lo demás es la luz del sol diez veces mas fuerte que la de la luna.

No tan claros como la explicación relativamente sencilla del curso del sol, son los datos relativos a la órbita de la luna. El libro empieza también por decir que la luna recorre su camino en toda su extensión en un carro impulsado por el viento; después dice que su luz cambia en proporciones fijas, que en la luna llena tiene solamente la séptima parte de la fuerza del sol. Luego trata de demostrar las modificaciones mensuales del curso de la luna, en cuya explicación atiende tanto al mes sidérico como a las fases de la luna. En cuanto la corrupción y el arreglo del pasaje permiten adivinar el sentido de sus palabras, dice que el mes sidérico (el curso de la luna por el zodiaco, ó según el lenguaje usado en el libro, la ida y vuelta de la luna por las seis puertas del

su pueblo como individuo colectivo. Este es el horizonte en el cual se mueve el espíritu del autor del Libro primero de los Macabeos. Esto sentado, se comprende que los saduceos negaran la vida futura, pues, por muy partidarios que fuesen de la libertad del individuo, no tenía éste importancia para ellos bajo el punto de vista religioso. Nada importaba la suerte ni la vida del individuo siempre que Dios velara por la suerte y la bienaventuranza del pueblo.

Los fariseos profesaban la creencia de la relación directa del individuo con Dios, concepto introducido en el período que precedió al de los Macabeos juntamente con el antiguo, y renovado en este período, del pacto que Dios había hecho con su pueblo. De aquí tomaron los fariseos la convicción de que solo cumpliendo cada individuo escrupulosamente las prescripciones de la ley llegaría el reino de felicidad que Dios había prometido al pueblo de Israel y del cual participarían todos los que hubiesen contribuido al advenimiento de este estado cumpliendo fielmente con lo que mandaba la ley. Este modo de pensar apartó a los fariseos de la vida política, que no podía conducir a la verdadera felicidad, y en vez de asuntos políticos, trataban de los milagros y de la Providencia de Dios que podía dar la felicidad prometida al pueblo de Israel si éste cumplía fielmente el pacto. Ahora bien, como la realidad no podía satisfacer las esperanzas fundadas en el cumplimiento fiel de las prescripciones de la ley, se presentó para llenar el vacío la creencia conciliadora de la vida futura con la resurrección de los muertos. Las diferencias teóricas vinieron después del rumbo que saduceos y fariseos adoptaron en la vida práctica, resultando el de los primeros de su fidelidad y afecto a la familia de los Asmoneos, y el de los segundos de su religiosidad que absorbía todas las demás manifestaciones de la vida.

En el Primer Libro de los Macabeos no se nota señal alguna de lucha entre las dos tendencias, por lo cual podría creerse escrito antes de la ruptura de Juan Hircano con los fariseos; pero como a esto se oponen razones de otra índole y de mucho peso, habrá que admitir que el rompimiento no fué considerado en su tiempo mas que como un accidente, y que solo en época muy posterior apareció como el principio de un gran cisma dentro del judaísmo.

Como obra paralela al Primer Libro de los Macabeos y debida a la pluma de un fariseo aparece el libro en cinco tomos de Jason de Cirene, del cual solo poseemos un extracto muy incompleto conocido por el Segundo Libro de los Macabeos. Se ha calificado esta obra de griega, pero no tiene de griega mas que la circunstancia, muy probable, de haber sido escrita por Jason en idioma griego, pues por lo demás, por la ilustración, es menos griega que el primer libro de los Macabeos, y como obra histórica viene a ser a este libro lo que los Libros de las Crónicas (Paralipomenon) son a los Libros de los Reyes. El autor no tiene por objeto principal la exactitud de los datos ni la fidelidad histórica, sino la edificación del lector. A cada paso presenta ejemplos de constancia en el cumplimiento de las prescripciones de la religión, del castigo de los impíos y de la salvación de los justos por Dios; figurando mucho en todo los milagros. La relación no se extiende mas allá de la muerte de Judas, por mas que con sus relaciones edificantes y difusas ocupa, a pesar de sus muchas omisiones, un espacio relativamente extenso. Al principio ya hace una relación muy difusa de la tentativa de Seleuco II Filopator para saquear el templo. Heliodoro, el mensajero del rey, a pesar de los lamentos de toda la población penetra en el santuario; pero al querer saquear los tesoros con sus soldados, Dios Todopoderoso hace un gran milagro. Un caballero cubierto de armadura de oro se pone delante con dos escuderos suyos, y con ellos embiste tan rudamente a Helio-

doro, que tienen que sacarle del templo sin sentido. El sumo sacerdote Onías teme entonces que este suceso tenga malas consecuencias para los judíos, y sacrifica para impetrar de Dios el restablecimiento de Heliodoro, que en efecto recobra la salud y se le revela en un sueño que no fueron hombres, sino ángeles, los que le atropellaron, y que debe su curación únicamente a la intercesión de Onías. Aquí como en todo, en la historia del individuo como en la del pueblo, es siempre Dios la fuerza que produce todos los efectos. Muere el sumo sacerdote Jason en el destierro, y en esto ve el autor la mano de la justicia divina, diciendo: «El que a tantos tuvo alejados de la patria, pereció lejos...; el que expulsó a una multitud que no recibieron sepultura, no fué llorado ni encontró la menor solicitud amorosa, ni la tumba de sus mayores.» También ve el castigo de Dios en el saqueo del templo por Antíoco IV, y lo dice en estos términos: «Dios eligió el sitio por causa del pueblo, y no el pueblo por causa del sitio. Por esto padeció también el sitio cuando la desgracia alcanzó al pueblo, pero después participó también de los beneficios, y después de haber experimentado la ira del Omnipotente, fué restaurado en toda su magnificencia cuando se efectuó la reconciliación con el Señor.» El autor presenta muchos ejemplos al describir los horrores que precedieron al levantamiento de los Macabeos, y añade: «Los castigos no son para aniquilar sino para educar a nuestra raza.» Aquellos a quienes en este pasaje llama «nuestra raza» son llamados un poco mas adelante en el mismo sentido: «el pueblo de Dios.» Dice el autor que Dios castigaba a Israel mas pronto que a otros pueblos para no tener que aniquilarlos después. Aquí queda indicado claramente el concepto fariseo característico de la relación entre Dios y el pueblo de Israel. Respecto de la idea que los fariseos tenían de la resurrección no existe acaso exposición mas clara que la conocida historia de la madre a quien matan con sus siete hijos, historia que refiere el Libro de los Macabeos. El segundo hijo dice al morir: «Oh tú, infame, nos has arrancado de esta vida, pero el Rey del mundo nos resucitará para una vida eterna a nosotros que hemos muerto por guardar sus leyes.» En presencia de la muerte exclama el cuarto hijo: «Hermoso es pereciendo a manos de los hombres, aguardar lo prometido por Dios: él nos resucitará; mas para tí (habla al rey) no habrá resurrección.» En el mismo sentido exhorta la madre a los hijos. «El creador del mundo que ha formado al hombre y es autor de todas las cosas, os devolverá con su misericordia el espíritu y la vida, ya que vosotros os sacrificáis ahora por sus preceptos;» y dirigiéndose al mas joven, le dice: «Recibe la muerte como digno de tus hermanos, a fin de que por la misericordia divina me seas restituído con ellos.» Entonces también el mas joven dice al morir que sus hermanos han pasado por un tormento corto a la vida eterna.

Después de haber descrito largamente los horrores cometidos en el reinado de Antíoco IV, pasa el autor del segundo libro de los Macabeos a tratar del levantamiento de Judas, sin hablar del de Matatías. Los pormenores que da no merecen confianza alguna; pero el colorido de su descripción es curioso. Antes de entrar en la primera batalla lee Eleazar a los judíos el libro sagrado; los judíos no continúan la persecución de Nicanor por no profanar el sábado que empieza y lo pasan en acciones de gracias y de alabanzas. Al día siguiente reparten una gran parte del botín a necesitados, viudas y huérfanos, y después celebran un día de contrición y de oración. No cabe dudar que en los primeros combates macabeos fueron respetadas en gran manera las prescripciones de la ley judaica; pero la descripción que hace el libro no es la historia, sino un mero ideal que deja muy mal parado el verdadero ideal que animó a los héroes de aquellas

jornadas. Lo curioso es, aunque en rigor se comprende, que este libro fariseo, tan insustancial si se mira bien, fué generalmente preferido a su compañero saduceo, el primer libro de los Macabeos, mas formal y sustancial; y la razón es que el fariseo ofreció mejor material y mas abundante para las reflexiones religiosas, y que en general sigue la tendencia que después prevaleció.

No se puede fijar exactamente el tiempo en que fué escrito este segundo libro de los Macabeos; pero seguramente no fué a raíz de los sucesos que describe, ni tenía su autor por otra parte conocimiento todavía del libro saduceo ó sea del primero de los Macabeos. Por su espíritu tiene afinidad con los productos religiosos del primer tiempo de los Macabeos, con las ideas apocalípticas de Daniel y con los libros de Judit y de Tobías, lo cual es otra prueba de que el círculo de las ideas fariseas se formó bajo la influencia de las impresiones de este período.

Mientras los autores de los dos libros de los Macabeos refieren la historia reciente, otros autores judíos en el mismo período de tiempo que dejamos descrito, como el ya mencionado Demetrio, trataron de dar a conocer a la sociedad griega la historia antigua del pueblo judío, en una forma mas moderna. Eupolemo se sintió al parecer impulsado especialmente a un trabajo de esta clase. Este Eupolemo había sido elegido por Judas Macabeo para pasar a Roma y negociar con el pueblo romano, no conocido todavía en aquel tiempo, un tratado de alianza con el pueblo judío. Algunos años después de este viaje, Eupolemo escribió un libro sobre los reyes de Judea; no tanto para sus compatriotas, que para instruirse sobre estas cosas tenían sus sagradas Escrituras, cuanto para los griegos. Este objeto resulta claramente del pasaje en el cual ensalza a Moisés no solamente como el legislador de su pueblo, sino como el sabio que enseñó a los judíos el primero de los misterios de la Escritura. Los judíos, dice, comunicaron después esta ciencia a los fenicios y de estos la aprendieron los griegos. Eupolemo quiere hacer constar, como todos los judíos que escribieron para el mundo greco-romano, la antigua y superior civilización de su pueblo, a cuyo fin parece haber escogido expresamente la materia de su libro, del cual solo se conocen algunos trozos insignificantes. En la obra figuraba, según parece, una correspondencia de Salomón con un rey fenicio y otro egipcio, evidentemente para demostrar que cartearándose el rey judío con soberanos de naciones célebres por su civilización, debía de ser también un personaje ilustradísimo y jefe de una nación muy civilizada. Así este autor, al hablar de la construcción del templo, hace notar la gran altura a que había llegado el arte arquitectónico de los judíos; y finalmente adoptó en su obra, acaso siguiendo a Demetrio, un sistema cronológico, en el cual fijó el tiempo de los sucesos contando desde el año 158 antes de J. C. Lo que mas merece llamar la atención es que un hombre de la compañía de Judas Macabeo, como era este Eupolemo, escribiera un libro dedicado al mundo pagano griego, no para recomendarle la religión y la ley de los judíos, sino para presentar a su pueblo a la altura de aquellas naciones en lo que mas les enorgullecía. Esto prueba también claramente que Judas Macabeo tenía ya entre sus compañeros personas que seguían un rumbo muy diferente del de los fariseos.

Bajo este concepto ocupa un lugar especial el escrito de Artabano, judío egipcio que vivió seguramente en el siglo II antes de J. C., sin que sea posible fijar exactamente el tiempo en que escribió. Según este autor, Abraham enseñó a un rey de Egipto el curso de los astros; José fomentó la agricultura del Egipto, y Moisés, a quien los griegos conocían hacia ya mucho tiempo con el nombre de Museo, enseñó a los egip-

cios la navegación, la arquitectura, el arte de la guerra y la filosofía; dividió su país en 36 distritos, dando a cada uno orden de venerar a Dios; declaró sagrados ciertos animales por su utilidad; dió a los sacerdotes su escritura sagrada y mejoró el gobierno del país. Con esto Artabano traspasó evidentemente los límites no solamente del judaísmo ortodoxo sino del judaísmo en general, pues aunque no presentó el culto de ciertos animales, sino únicamente su consagración a la divinidad como una institución de Moisés, siempre resulta que aprobó esta institución tan abominada por los judíos, y que quiso hacerla comprender a estos. Presentando el culto egipcio como instituido por Moisés, es evidente que en su opinión era éste un gran honor para Moisés y para el pueblo judío. Es muy de sentir que no podamos saber lo que opinaron los judíos del escrito de Artabano.

Menos grave es la mezcla de elementos paganos y judaicos en la obra del profeta Cleodemo ó Malco, el cual dice que nacieron del matrimonio de Abraham con Cetura tres hijos llamados Áfera, Asurim y Jafra, que dieron su nombre respectivamente a la Asiria, a una ciudad llamada Afra y a África (que era Cartago). Áfera y Jafra habían marchado con Hércules contra Anteo en la Libia; después se casó Hércules con la hija de Áfera, que le dió un hijo llamado Diodoro, de cuyo hijo Sofonas tomó su nombre el pueblo bárbaro de los sofacos. Esta mezcla singular fué probablemente debida al deseo de utilizar como fuentes históricas para la historia antigua tanto la Biblia judía como la leyenda griega, y al propósito de hacer la relación judía mas simpática para los griegos.

La astronomía era la ciencia que se empeñaban los judíos en muchos escritos en suponer enseñada por Abraham a los demás pueblos, en especial a los fenicios y egipcios. En el escrito de Eupolemo, ó mas probablemente en el de un autor samaritano, se hace descender a Abraham de una raza de gigantes que construyó después del diluvio la torre de Babel, y se dice que Enoc había sido el primer conocedor de la ciencia de los astros; que le habían enseñado ángeles, y que él enseñó a los hombres. Esta noticia es, según parece, la mas antigua que se tiene del libro de Enoc, libro curiosísimo que en su parte principal pertenece seguramente al judaísmo del tiempo de los Asmoneos, siendo posible que la parte mas interesante bajo el punto de vista religioso haya sido intercalada posteriormente. Este libro se ha conservado completo tan solo en el idioma etíope, al cual fué vertido del griego, que a su vez pudo ser, aunque no se sabe de cierto, una traducción del hebreo. En él se refiere casi exclusivamente lo que Enoc vió y llegó a saber en su trato con los seres divinos; solo en algunos muy pocos capítulos es Noé en lugar de Enoc el que da explicaciones de cosas ocultas, pero estos capítulos según se observa fácilmente son interpolaciones posteriores. Los que tratan de Enoc no forman una obra uniforme; ni tampoco se encuentran capítulos completos como los de algunos libros de profetas, por ejemplo el de Isaías, aunque fuesen como en estos producto de diferentes autores y épocas. Verdad es que en el libro de Enoc hay capítulos que pueden pasar por trozos independientes, como los discursos alegóricos que seguramente fueron escritos después, por cuya razón hablaremos también de ellos mas adelante. Bien mirado produce este libro la impresión de un agregado de fragmentos mal ordenados y a los cuales falta, ora el principio, ora el fin. Generalmente se divide la obra en tres partes que claramente se distinguen entre sí por tener en medio cada parte un discurso alegórico perfectamente redondeado. La primera de estas tres partes principales se divide a su vez en cuatro secciones enteramente distintas. La primera de estas secciones secundarias es una